TARO

 La encontré herida en el claro, y desde luego mi madre y mi padre quisieron adoptarla.

 Taro fue mi primer y única amiga. Era la única que me comprendía. Sabía en todo momento lo que yo estaba sintiendo, nos entendíamos sin tener que recurrir a las palabras. Papá y mamá estaban encantados, pues la alternativa era que yo volviese a ser un chiquillo solitario, temeroso de la vida. Pero Taro me impulsaba a hacer cosas, aventuras y travesuras que transcurrían entre las piernas y los pasos agigantados de los adultos, en un mundo de fantasía virgen e impoluto.

 Una vez encontramos un ratón, y lo cuidamos en secreto. Cuando mamá nos descubrió se puso pálida del miedo, ¡odiaba a los ratones!

 Un día cocinamos a papá un pastel, para celebrar su cumpleaños. Recuerdo a Taro poniendo el azúcar, la expresión decidida en sus ojos al verterla en la fuente, como si en ello le pendiera la vida.

 En otro momento decidimos coleccionar insectos. Los clavamos con alfileres en una tabla, y ellos se sacudían, intentando salirse. Aquello fue idea de Taro. Obtuvimos hormigas coloradas, un escarabajo de caparazón muy duro, dos avispas y un gusano que se retorcía nervioso. A la tarde, escudriñando entre los huecos de la galería, Taro halló una araña muy grande y me instó a capturarla. Yo tenía miedo, pero no quise parecer un cobarde. Por suerte mamá nos descubrió, y allí nuestro juego halló su fin.

 Nunca supe que hizo Taro con la tabla de insectos.

 Nadie sabía mucho sobre Taro. ¿Por qué había venido al bosque, sola? ¿Qué la había motivado a perderse en este lugar, a dejar su hogar y su pueblo? Mis padres jamás hablaban de eso. Los demás habitantes la conocían, la saludaban, pero tampoco lo mencionaban y en su amabilidad brillaba la bondad de la ignorancia.

 Pero yo creo...

 Yo creo que las razones de Taro para venir aquí no eran muy felices.

 Cierto día se lo pregunté, cuando descansábamos en el mismo claro en donde la había hallado.

 Pero no me contestó.

 Solo mantuvo esa expresión tan difícil de definir, tan poco infantil. Y luego, cambiando de tema, de improviso me contó sobre su hogar. Me habló de una cabaña frente al amanecer, de un hombre al que llamaba padre pero que no era papá. Sus palabras no pintaban un panorama entero de lo que había vivido, eso yo lo sabía, pero la oí con mucha atención. Me habló de aldeanos, de un mercado, de una cama llena de chinches y manchas. Y me habló del fuego. Dijo que en esos años, antes de estar con nosotros, el baile del fuego había sido su único amigo. La danza de las llamas, que se retorcían, que se contorneaban, el calor que emitían, la extinción que prometían.

 Me contó que ese día el viento soplaba hacia el este. El día que yo la había encontrado.

 Yo...

 Yo nunca supe en que pensaba Taro. Nunca nadie lo supo. Sí creo, sin embargo, que a su manera nos quiso.

 Cierto día, Taro desapareció.

 Había ido a buscar flores, caléndulas para una corona que planeábamos colgar en la entrada de casa. Se había esfumado entre los árboles, y yo estaba seguro de que regresaría. Pero transcurrió la mañana, y el ocaso pintó el cielo, y Taro seguía sin aparecerse.

 Yo sentí miedo.

 Papá y mamá se preocuparon, y dieron la voz de alarma. Los habitantes del bosque comenzaron a rastrear el área, temiendo que un animal salvaje la hubiese capturado. Las luces iban de lado a lado, los gritos se propagaban, las preguntas de apoyo y camaradería. Yo también me sumé a la búsqueda. Recorrí las raíces elevadas, los espacios donde habíamos jugado, atravesé el puente que habíamos construido con nuestras infantiles manos y la casa del árbol en donde tantas veces habíamos merendado. Y me alejé, más y más. Cuando mamá, entre lágrimas, pidió que se revisara el otro lado del bosque, yo me mantuve firme y continué caminando hacia el este. Sentía un llamado mudo, inexpresable.

 En el claro, donde todo había comenzado, las caléndulas reposaban sobre una piedra.

 No fue valor lo que me impulsó, sino algo parecido al cariño, a la búsqueda de respuestas, al pasado clamando temprano la infancia y el desconcierto. Continué caminando, y caminando. Ya era muy de noche. Ya el cielo estaba oscuro, el follaje se llenaba de gruñidos, el camino se desdoblaba perverso. Pero con determinación no frené ni me volví sobre mis pasos.

 Horas después, las primeras luces de la aldea asomaron.

 Aquel era otro mundo, en el que me paseé como un fantasma. No parecía haber nadie fuera de casa, apenas un par de ancianos que me miraron con extrañeza. En esa época, en cualquier otro momento, hubiese corrido solo de verlos. Ahora sin embargo no podía permitírmelo. Continué, mis pasos haciendo ruidos secos contra el camino, alumbrando las fachadas y los rostros pálidos en las ventanas. Al final de la calle de tierra se oía un gemido agudo, entrecortado.

 Avancé en la oscuridad, paso tras paso. Cada vez su silueta me era más definida. Solo las penumbras nos rodeaban, solo la luz de una luna inmensa nos interrumpía.

 Taro se hallaba en cuclillas, frente a la puerta de una casa. Tenía laceraciones en las muñecas, en la boca, y el cuerpo le temblaba.

 Quise preguntarle por qué había huido.

 No me respondió.

 Se arañaba los hombros, que sangraban. Su casa, tan quieta y oscura a su espalda, confería para mi una amenaza imposible de definir en términos racionales.

 Le pregunté por qué había vuelto allí.

 Me pidió que me fuera, que me olvidara de ella.

 Pero yo había caminado mucho, y no iba a desistir. Le rogué que volviera conmigo. Taro se seguía sacudiendo, y negaba.

 -No puedo, Arel- me dijo- No puedo. No soy como ustedes.

 Cuando le tendí mi mano, la apartó con un movimiento.

 -¡Vete!- me gritó, llorando. Yo jamás la había visto tan emocionada.- ¡Fuera de aquí!

 El brillo rojizo de sus ojos me asustó. Eché a correr, de vuelta a casa, también llorando y sin saber porqué.

 Corrí.

 Corrí.

 Corrí.

 Dejé esa aldea atrás, atravesé el claro, pisé las caléndulas y me adentré en mi hogar. Mamá me abrazó en un mar de llanto, pero papá no me hizo pregunta alguna. Ya la búsqueda había culminado sin éxito hacía horas.

 Esa noche no dormí, sino que me mantuve en desvelo contemplando el techo de mi habitación, acompañado por los compases de las sombras.

 Pensé en muchas cosas. Pensé, por supuesto, en Taro, con congoja, con culpa y remordimiento. Pensé en la puerta que cuidaba, en su hogar, en el imposible silencio que la había estado rodeando. En esa cabaña de madera, en la sangre que la manchaba, en sus ropas rotas y tironeadas. En el rojo de sus ojos, en arañas siendo atravesadas por alfileres, retorciendo sus patas, en las caléndulas machacadas contra la piedra caliza.

 En un llanto que imploraba por ayuda.

 Cuando desde la ventana los rayos del amanecer comenzaron a inundarlo todo, vinieron acompañados por una pequeña chispa, una mota de luz que se balanceó a la deriva hasta mi cama. Y al abrir los postigos, la brisa del este me trajo un aroma inconfundible, punzante, y allá a lo lejos, muy lejos, atravesando el bosque, el horizonte se me presentó como una línea negra y encendida, elevándose hacia los cielos en borboteos salvajes, vomitándose a si misma para perderse por siempre, mucho más allá de hasta donde mis ojos llegaban a vislumbrar el mundo.